

“Un léxico de esperanza para la educación católica en el siglo XXI”

S.E. José Tolentino Card. de Mendonça

Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación

Fundación Universitaria Española, Madrid, 20 de enero de 2026

Sra. Presidenta de la Fundación Universitaria Española, Dña. Lydia Jiménez González; Sr. D. Juan Álvarez Morales, Vicepresidente; Sr. D. Javier Huerta Calvo, Secretario del Patronato; Estimados Patronos y Catedráticos aquí presentes; Distinguidos Rectores y Rectoras de las Universidades Católicas que nos acompañan; muy queridos todos.

Es con un sentimiento de profunda gratitud que tomo la palabra ante esta asamblea. Nos preguntamos juntos sobre una virtud que corre el riesgo de parecer, a los ojos del desencanto contemporáneo, frágil o incluso obsoleta: la virtud de la esperanza. Sin embargo, pensar un “léxico de esperanza” para la educación del siglo XXI no significa añadir un adorno retórico a un sector ya técnicamente definido, ni permitirse un discurso fácilmente consolador. Significa, por el contrario, reconocer que las herramientas para educar —y para imaginar lo humano— están cambiando radicalmente, porque está cambiando la trama misma del mundo. Pero, al mismo tiempo, también significa reconocer que existen valores tan arraigados en la matriz humana, que nunca pueden fallar sin el riesgo de que todo sucumba. El apóstol Pablo escribió: «La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). También en el ámbito educativo debemos proclamar: *¡Spes non confundit!* Para educar necesitamos de esperanza, y de una grande, de una divina esperanza. Pues, como enseñó santo Tomás de Aquino, «en la medida en que esperamos algo que es posible para nosotros mediante la ayuda divina, nuestra esperanza se dirige a Dios, en cuya ayuda se apoya». Ese es nuestro horizonte.

Vivimos en una época marcada por fuertes contrastes, por aceleraciones tecnológicas vertiginosas y por la llegada omnipresente de la inteligencia artificial. En este escenario, prevalece constantemente la tentación de reducir la educación a una mera técnica de transmisión de competencias, a una cadena de procedimientos eficientes, a una promesa de éxito funcional. Pero la educación, si quiere permanecer fiel a su vocación humanística y cristiana, no puede ser una fábrica de credenciales o un servicio que optimizar. Es, por naturaleza, un acto de esperanza. Y la esperanza, como nos recuerda la tradición bíblica y sapiencial, no es simple optimismo. El optimismo es una variación del estado de ánimo, a menudo ingenua; la esperanza es una virtud teologal y antropológica; es una obra del Espíritu Santo sobre la realidad a través de nuestras acciones; es un ejercicio de discernimiento que se toma en serio la contribución de los sujetos y la potencia y los límites de las sociedades hodiernas, pero sin perder de vista la fuerza que Dios –y solo Dios– derrama en el corazón de la historia. El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que «la esperanza es la virtud teologal por la que deseamos el Reino de los Cielos y la vida eterna como nuestra felicidad, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en la ayuda de la gracia del Espíritu Santo» (CIC n.1817). La esperanza despierta el deseo de la plenitud y enseña el arte de confiar en la gracia. Por eso, contrariamente al nihilismo rampante, «educar es un acto de esperanza y una pasión que se renueva». En esta línea, estamos llamados a aceptar el desafío del Santo Padre a activar la esperanza: «Pido a todas las realidades educativas que inauguren una etapa que hable al corazón de las nuevas generaciones, recomponiendo el conocimiento y el sentido, la competencia y la responsabilidad, la fe y la vida»¹.

1. El cansancio del futuro y la urgencia de una gramática

¹ LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 10.2.

Hoy se impone una pregunta: ¿cuál es el vocabulario con el que se habla de educación? Y ¿qué vocabulario nos falta? De hecho, si la universidad quiere servir al bien común, debe asumir la responsabilidad de afirmar un léxico capaz de ser fiel al horizonte integral del ser humano, en todas sus dimensiones. Para construir este léxico, tal vez debamos partir de un diagnóstico honesto de nuestro tiempo. Propongo tres observaciones, que no pretenden ser pesimistas, sino realistas, para arraigar nuestra reflexión en la tierra concreta de la historia.

La primera observación se refiere a nuestros jóvenes. Muchos de ellos viven una verdadera «fatiga del futuro». No se trata solo de una incertezza social, económica o laboral, aunque la precariedad sea un hecho innegable; es una cuestión de representación de la vida y del sentido o la ausencia de sentido que ésta tiene. Se puede tener acceso a un océano de información, estar hiperconectado y, al mismo tiempo, sentirse desorientado, incapaz de proyectarse hacia un mañana que no sea una amenaza. Los jóvenes, como se desprende de recientes encuestas, a menudo no tienen esperanza en el futuro, y esta ausencia de expectativas corre el riesgo de convertirse en una parálisis existencial. La esperanza, en cambio, es lo que permite proyectar la vida hacia un futuro deseable, afrontar las dificultades y perseverar. La esperanza es poder confesar: «Sé en quién he puesto mi confianza» (1 Tim 1,12). Las instituciones católicas tienen que dialogar con esto.

La segunda observación se refiere a la tecnología. Puede ser una aliada extraordinaria, pero hoy en día tiende a transformar nuestra atención en un bien monetizado y fragmentado. Vivimos en un entorno algorítmico que corre el riesgo de colonizar nuestra interioridad. No se trata de demonizar la inteligencia artificial o lo digital, sino de evitar que nos utilicen: que empobrezcan el lenguaje y reduzcan el conocimiento a un mero rendimiento. El Papa León XIV lo reitera: «Nuestra actitud hacia la tecnología nunca puede ser hostil, porque “el progreso tecnológico forma parte del plan de Dios para la creación”. Pero exige discernimiento en el diseño didáctico, en la evaluación, en las plataformas, en la

protección de datos, en el acceso equitativo. En cualquier caso, ningún algoritmo podrá sustituir lo que hace humana a la educación»². Nosotros tenemos que custodiar una perspectiva humanizada de educación.

La tercera constatación se refiere a la fragmentación cultural en que vivimos. La polarización, la soledad, la dificultad para escuchar y dialogar son, lamentablemente, características que están aumentando en nuestras sociedades. Sin un léxico común, la afirmación de los diferentes intereses se convierte fácilmente en polarización tribal. Necesitamos una visión madura y unitaria, que pueda promover las capacidades de relación y convivencia. El Papa León, en la misa de apertura del presente año académico en Roma, dijo: «Hoy nos hemos convertido en expertos en detalles infinitesimales de la realidad, pero somos incapaces de tener de nuevo una visión de conjunto, una visión que mantenga unidas las cosas a través de un significado más grande y más profundo; la experiencia cristiana, en cambio, quiere enseñarnos a mirar la vida y la realidad con una mirada unitaria, capaz de abarcarlo todo y rechazar toda lógica parcial»³.

Educar es un acto de esperanza que, partiendo del presente, mira hacia el futuro: la educación es una decisión, una responsabilidad y un riesgo de sembrar. Si es un acto, requiere herramientas. Un léxico de la esperanza es precisamente una herramienta: una gramática común, capaz de transformar las intuiciones en prácticas. Tenemos que caminar en esta dirección. Cuando las universidades y las instituciones católicas se atreven a presentarse como aliadas activas de la esperanza, nos dan, como declaró San Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ex-Corde Ecclesiae*, «la fundada esperanza de un nuevo florecimiento de la cultura cristiana en el contexto múltiple y rico de nuestro tiempo en mutación, que ciertamente se enfrenta a graves desafíos, pero que también es portador de muchas promesas bajo la acción del Espíritu de verdad y de amor» (n. 2).

² LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 9.2.

³ LEÓN XIV, Homilía *Santa Misa con los universitarios de las universidades pontificias*, 27 de octubre de 2025.

2. Las palabras fundacionales: verdad, visión integral, diálogo

Entremos, pues, en la zona de construcción de este léxico. No se trata de un glosario que hay que memorizar, sino de puertas que hay que abrir para consolidar la profundidad de la experiencia académica.

La primera palabra es *verdad*. Como nos recuerda la reflexión filosófica y teológica, esperar no es desear algo genérico, sino confiar en un fundamento, reconocer que en el *Lógos* hay una promesa que precede a nuestras palabras. Es fundamental cultivar la búsqueda de la verdad, «para que lo que ocurre en las aulas de la universidad y en los ambientes educativos de todo tipo y nivel, no sea un ejercicio intelectual abstracto, sino que se convierta en una realidad capaz de transformar la vida, de profundizar nuestra relación con Cristo, de hacernos comprender mejor el misterio de la Iglesia, de hacernos testigos audaces del Evangelio en la sociedad»⁴. Recordaba la filósofa María Zambrano que el problema del hombre es su realización, y esta no se produce sin aceptar la llamada a la verdad en un trabajo aún más inexorable que el de «ganarse el pan»: «Es el trabajo de ganarse el ser». En una época en la que la verdad aparece a menudo como un arma o como una mercancía, la tradición universitaria debe recordar que la búsqueda conjunta de la verdad es la forma más fecunda de construir, desarrollar y restituir el conocimiento. No es la obsesión por tener razón, sino la capacidad de enfrentarse a la realidad total.

La segunda expresión es *visión integral*. La búsqueda de la verdad nos exige la sabiduría de la escucha integral. Cuando no existe esta cualidad de escucha, el futuro se cierra de antemano y las promesas educativas, en el fondo, se falsifican o se traicionan. La experiencia educativa católica está llamada a contrarrestar lo que, aún la mente lúcida de Zambrano, describía como «la triste incapacidad de nuestra época moderna para dar a cada uno lo suyo [...] esto es, una idea del hombre en su integridad». San John Henry Newman, a quien el Papa

⁴ LEÓN XIV, Homilía *Santa Misa con los universitarios de las universidades pontificias*, 27 de octubre de 2025.

León declaró co-patrono de la misión educativa, reiteraba que el verdadero saber es un todo orgánico y que su finalidad no se realiza solo en la adquisición de una competencia profesional, sino en la formación integral. «La vida se ilumina [...] cuando uno descubre en su interior esta verdad: ¡estoy llamado por Dios, tengo una vocación, tengo una misión, mi vida sirve para algo más grande que yo mismo! [...] Estamos llamados a formar personas, para que brillen como estrellas en su plena dignidad. Por lo tanto, podemos decir que la educación, desde la perspectiva cristiana, ayuda a todos a convertirse en santos»⁵.

La tercera palabra es *diálogo*. El diálogo es la forma adulta de la convivencia. No equivale al relativismo; equivale a reconocer que el otro es un interlocutor, no un obstáculo. En una época marcada por los conflictos, dialogar es un acto de generatividad cultural. Y el diálogo educativo no solo concierne a las personas, sino también al conocimiento: hay que aprender a unir mejor ciencia, tecnología, artes, filosofía, teología, economía y derecho. El mundo está interconectado; también el conocimiento debe ser capaz de establecer conexiones. En el aula, escuchar significa crear las condiciones para que surjan las preguntas, para que el estudio no sea solo recepción pasiva, sino investigación compartida. A nivel institucional, significa aprender a leer los signos de los tiempos y a interpretar los grandes retos de esta transición de nuestra época.

3. La esperanza como forma del pensamiento y estructura del tiempo

Debemos devolver a la esperanza su centralidad. No es un sentimiento vago, sino una forma de pensamiento. Esperar no significa ciertamente ignorar lo negativo. Al contrario, la esperanza nace cuando se toma en serio a cada ser humano hasta el fondo, incluidas sus heridas. La esperanza es un «realismo espiritual». Esta postura cognitiva influye en nuestra relación con el tiempo. Hoy en día, la cultura separa el presente del futuro: o lo llena de urgencias o lo anestesia

⁵ LEÓN XIV, Homilía *Santa Misa y proclamación a “Doctor de la Iglesia” de San John Henry Newman*, 1 de noviembre de 2025.

con entretenimiento. La educación debe reparar esta fractura: enseñar a leer el presente con sentido, como el lugar donde se prepara el futuro. Una escuela o una universidad que educa en la esperanza no promete atajos, sino que forma personas capaces de ejercer plenamente la responsabilidad. Aquí tenemos que recuperar proximidad con palabras antiguas como *atención*, *silencio*, *interioridad*. En un léxico de esperanza, estas palabras deben tener dignidad académica. No hay estudio sin una ecología de la atención. Y no hay libertad sin la capacidad de escapar de la tiranía de lo inmediato, cultivando la interioridad. Al clausurar el Jubileo del Mundo Educativo, el Papa León aclaró: «Es un error pensar que para enseñar bastan las palabras bonitas o las buenas aulas, los laboratorios y las bibliotecas. Estos son solo medios y espacios físicos, sin duda útiles, pero el Maestro está dentro. La verdad no circula a través de los sonidos, las paredes y los pasillos, sino en el encuentro profundo entre las personas, sin el cual cualquier propuesta educativa está destinada al fracaso. Vivimos en un mundo dominado por pantallas y filtros tecnológicos a menudo superficiales, en el que los estudiantes necesitan ayuda para entrar en contacto con su interioridad»⁶.

4. La Universidad como laboratorio de esperanza

¿Cómo puede la educación superior convertirse hoy en día en un «motor del futuro» y no en una simple correa de transmisión del sistema existente? La esperanza no es un concepto etéreo, sino una fuerza que puede transformar las instituciones y las comunidades, orientar las decisiones y dar un rostro humano al conocimiento. Pero, para que este léxico se convierta en lengua viva, es necesario que la propia Universidad se replanteé como «laboratorio de esperanza».

Nadie espera solo, así como nadie educa solo. La educación es un acto coral. En una época que impulsa el individualismo competitivo, la universidad debe ser el lugar donde se redescubra la fuerza de la *alianza*, la belleza de la

⁶ LEÓN XIV, *Discurso a los Educadores con motivo del Jubileo del Mundo Educativo*, Plaza de San Pedro, 31 de octubre de 2025.

cooperación y de la comunidad. La palabra *cuidado* cobra aquí un papel central. El cuidado es un sustantivo del futuro. El cuidado es la concretización de la gramática de la responsabilidad. Educar en el cuidado significa formar profesionales competentes, por supuesto, pero también ciudadanos capaces de darse cuenta de los demás, de hacerse cargo de la fragilidad. Esto es especialmente urgente ante el creciente malestar de las generaciones jóvenes. Los datos nos dicen que una parte significativa de los jóvenes europeos no tiene esperanza en el futuro. La ansiedad, la soledad y el aislamiento social son fenómenos que se cuelan en nuestras aulas. Una universidad que quiera ser un «laboratorio de esperanza» no puede ignorar este sufrimiento. Debe hacerse cargo de la salud mental y el bienestar integral de sus estudiantes, no como un servicio accesorio, sino como una condición esencial para el aprendizaje. Se necesita una pedagogía del cuidado que incluya la escucha, espacios de acogida, espacios pastorales de encuentro, celebración y guía espiritual, en un clima en el que pedir ayuda no se perciba como un fracaso. La esperanza se alimenta de la *confianza*. Confianza que es crédito dado a la posibilidad de crecimiento en relación. Enseñar y aprender son un acto de confianza en la inteligencia y la libertad. Maestros y estudiantes necesitan sentir que la institución inaugura en ellos oportunidades para la esperanza.

5. Generatividad y belleza

La esperanza es generativa por naturaleza: ella impulsa a *ex-ceder*, ir más allá, superar los límites. La universidad expresa esta generatividad no solo en la enseñanza y la investigación, sino también en su apertura al mundo. La tercera misión de la universidad, el compromiso social y eclesial, el voluntariado, el servicio a los más pobres, el compromiso eclesial no son actividades extracurriculares: son lugares teológicos y pedagógicos donde se aprende la esperanza. Allí, la academia sale de sí misma y descubre que la ciencia alcanza su cumbre cuando se convierte en don y devuelve. La *fraternidad* es una

competencia que se aprende practicándola. La educación para la ciudadanía global, la interdependencia y la caridad es la respuesta a la fragmentación del mundo. El Papa León XIV recomienda, en la Exhortación Apostólica *Dilexi te*: «Hay que alimentar el amor y las convicciones más profundas, y eso se hace con gestos. Permanecer en el mundo de las ideas y las discusiones, sin gestos personales, asiduos y sinceros, sería la perdición de nuestros sueños más preciados» (n. 119). La universidad debe ayudar a cultivar y a ampliar los sueños.

No olvidemos tampoco, en este léxico, la palabra *belleza*. Educar en la belleza significa educar en la esperanza, porque la belleza abre una brecha en el determinismo, nos dice que la realidad puede ser más luminosa, más armoniosa. Y subrayo aquí el papel de las artes en la formación integral. El arte, la literatura, la música no son evasiones. Son ejercicios de imaginación y empatía. Leer una novela, como nos recuerdan nuestros colegas humanistas, significa habitarse otras vidas, comprender el dolor y la alegría ajenos, y descubrir que la esperanza resiste incluso en las situaciones más desesperadas. Los personajes literarios que esperan contra toda esperanza, se convierten en compañeros de viaje para nuestros estudiantes. La cultura es el lugar donde se guarda la memoria y se entrena la imaginación. Sin memoria, la esperanza se convierte en fantasía desarraigada; sin imaginación, la memoria se convierte en nostalgia estéril.

La Universidad tiene la tarea de mantener vivo este diálogo entre el pasado y el futuro, entre la tradición, la innovación y el discernimiento. En un mundo saturado de información y pobre de verdad, discernir es el acto intelectual más necesario. Discernir significa distinguir lo que da vida, de lo que la consume. Significa evaluar las consecuencias de las innovaciones tecnológicas, distinguir entre progreso técnico y progreso humano. Significa no sufrir la inevitabilidad de los procesos, sino cuestionarlos a la luz del bien común. La escuela y la universidad deben ser gimnasios de discernimiento. No lugares donde se dan respuestas prefabricadas, sino donde se aprende a formular las preguntas

adecuadas. «Ver, juzgar, actuar»: este triple movimiento, tan querido por la doctrina social, es la gramática de la esperanza operativa.

6. Las constelaciones educativas como “mapas de esperanza”

Encaminándome a la conclusión, me gustaría subrayar que la esperanza no es solo una virtud singular, sino que debe convertirse en una característica de nuestras constelaciones educativas. Las universidades deben ser «mapas de esperanza». ¿Qué significa esto? Significa que la propia institución, en su forma de gobernarse, de gestionar los recursos, de tratar al personal, de acoger a los estudiantes, de celebrar y practicar la fe, debe encarnar los valores que proclama. El Santo Padre exhorta: «Compartir el conocimiento no es suficiente para enseñar: se necesita amor. Solo así será provechoso para quienes lo reciben, en sí mismo y también, y, sobre todo, por la caridad que transmite. La enseñanza nunca puede separarse del amor»⁷.

Una universidad que genera esperanza es una universidad que practica la inclusión, que combate las desigualdades en su seno, que valora el mérito, pero apoya a quienes tienen dificultades, que pueden ser materiales y espirituales. Es una universidad que no se encierra en una torre de marfil, sino que se convierte en un lugar de búsqueda y encuentro comunitario. La educación no es una nota al pie de página de la sociedad, es un motor del futuro. Es el «nuevo nombre de la paz». Las guerras nacen en la mente de los hombres, y es allí, en la educación, donde se construyen las defensas de la paz. Las universidades deben comprometerse a recordar que «la paz no es ausencia de conflicto: es fuerza suave que rechaza la violencia. Una educación para la paz “desarmada y desarmante” enseña a deponer las armas de la palabra agresiva y de la mirada que juzga, para aprender el lenguaje de la misericordia y de la justicia reconciliada»⁸.

⁷ LEÓN XIV, *Discurso a los Educadores con motivo del Jubileo del Mundo Educativo*, Plaza de San Pedro, 31 de octubre de 2025.

⁸ LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 7.3.

Conclusión: la educación como constelación de esperanza

Me gustaría concluir recogiendo el camino recorrido, no en un simple resumen, sino en una imagen que pueda orientar nuestro trabajo futuro: la imagen de la constelación. El léxico de esperanza que hemos intentado articular no es una lista estática de términos, ni un diccionario para consultar cuando sea necesario; es, más bien, un mapa celeste que está tatuado en el corazón del hombre, imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26).

Las palabras de esperanza forman una «constelación» de significados que expresan deseo, espera y voluntad de construir. Imaginemos, pues, las palabras que hemos evocado como astros individuales: *verdad, visión integral, diálogo, atención, interioridad, cuidado, responsabilidad*. Tomados aisladamente, estos conceptos corren el riesgo de ser estrellas frías, lejanas, incapaces de vencer la oscuridad de la «fatiga del futuro» que envuelve tantas vidas jóvenes. Pero si la educación católica cumple su misión, se convierte, entonces, en el acto de trazar líneas invisibles entre estos puntos luminosos, dibujando una figura con sentido en el cielo de nuestro tiempo.

En esta constelación, la educación cristiana nos ha enseñado a mirar la estrella polar de la persona, reconociendo que la esperanza es una virtud relacional, un «nosotros» que precede al yo, una luz que solo se enciende en la alianza entre generaciones. Una constelación no elimina la noche. La esperanza no borra la oscuridad de las crisis, las guerras o las incertidumbres que atraviesan el mundo y nuestras aulas. La esperanza, como las estrellas, sirve para navegar en la noche. Por eso, el acto de levantar la mirada hacia esta constelación requiere esa virtud que hemos identificado como el nombre más auténtico de la esperanza hoy en día: el valor; el valor de no renunciar a las convicciones ante la complejidad; el valor de creer que existe una verdad que mantiene unidos los fragmentos de la realidad. Dirigiéndose a los estudiantes, el Santo Padre dijo: «No basta con tener un gran conocimiento científico, si luego no sabemos quiénes

somos y cuál es el sentido de la vida. Sin silencio, sin escucha, sin oración, incluso las estrellas se apagan. Podemos saber mucho del mundo e ignorar nuestro corazón»⁹.

Que nuestras universidades sean, por tanto, cielos abiertos donde aprender esta navegación, dando testimonio de que «la esperanza no defrauda» y que vale la pena emprender el viaje. Y que ayuden, así, a conocer el propio corazón. Y a hacerlo con empeño y alegría.

¡Muchas gracias!

⁹ LEÓN XIV, *Discurso a los Estudiantes con motivo del Jubileo del Mundo Educativo*, Plaza de San Pedro, 30 de octubre de 2025.